

vuestro compatriota. No son de los mejores Teotocópoli, ni tampoco de los peores. Son dos buenos Grecos, y uno de ellos nos convendría en el museo. — ¡ Ya lo creo! — dijo Zuloaga, en un arranque sublime, mirándolo de arriba á bajo. Los Grecos son siempre cuadros de museo, señor mío, y esto ya lo sabíamos desde nuestra tierna infancia. Lo que hay, es que el Greco que tienen ustedes en el Louvre fué pintado por el hijo. — No lo creo, (dijo el conservador). — Pues puede usted estar seguro, (le contestó Zuloaga), en vista de lo cual y de que solventaban cuestiones de familia, entrando en la vida privada de las cenizas del Greco, intervinimos nosotros y la cosa acabó en santa armonía.

En cambio, otro día, oímos un escándalo de gritos en la sala, que nos puso en sobresalto. — ¡ Imbécil ! ; (gritaba Zuloaga á un visitante). ¡ Idiota, estúpido y majadero ! ; Tener la poca vergüenza de dudar de la autenticidad de esas dos obras maestras ! ; Tenerla y decirlo sin que te caiga la cara de rubor por esa blasfemia artística ! ; No ves la firma, so bruto ! ; Y necesitas verla acaso, para ver si son verdaderos ! Apártate y aléjate, que si no me inspiraras lástima y no estuviéramos delante de los Grecos, te reventaba aquí mismo. — No lo reventó por cierto, por los motivos que adujo en su controversia, pero no dejó de darle un buen par de puñetazos, lo que disgustó en gran manera al forastero, prometiéndose en sus adentros no ver más pintura española mientras durara su vida.

Como se vé, la agitación que había entrado en la nuestra, desde que el Greco andaba por milagro entre nosotros, era cosa inaguantable.

La sombra de aquellos cuadros nos llenaba el piso de tal modo, que no nos dejaba sitio : teníamos escamados á los amigos más íntimos, continuaban viniendo los compradores á la casa, y un día nos dijo la atribulada conserje, que desde que aquellas telas habían puesto los pies en nuestra alfombra (?), no se podía vivir en la isla, y que por lo tanto se marchaba al continente.

Marchóse, ¡ ay ! y nos quedamos los seis: dos Grecos y cuatro amigos.

Marchóse, y solos con ellos, llevámoslos al comedor á la hora de comer, al estudio á las horas de trabajo, y á la sala en los momentos de descanso, y por la noche, antes de ir á retirarnos, Zuloaga miraba por todo el piso, daba dos vueltas más á la llave, y atrancaba la puerta con un sillón Luis XIV.

VII

Un rato al Continente

Oye, Uranga, — le dijo Zuloaga á nuestro amigo — ten presente que nos vamos y te confiamos los Grecos. Por tus venas corre bastante sangre española, y, con ella y tu buena voluntad, esperamos que los sabrás defender delante del extranjero, ya que aquí abundan los extranjeros que es una bendición del cielo. Tú callas, porque esta es tu costumbre,

pero ya se que lo que ahorras de palabras lo malgastas en hechos, si la ocasión se presenta; conque, adiós; abrázanos y no te muevas del piso.

Abrazónos y, saliendo, nos fuimos por el muelle de Orleans hasta la *gare de Lyon*; subimos á un tren que nos estaba aguardando junto con otros pasajeros, echó á andar el tren, pasamos montes llenos de nieve, luego un túnel más largo que los demás, y nos hallamos en Italia.

¡Italia! ¡País del sol y de los largos macarrones! ¡Patria natal del Dante y de Garibaldi, de Horacio y de Massini! Patria adoptiva del morazo de Venecia, llamado Otello, por mal nombre. País del fruto de oro, « *Où la brise est plus douce et l'oiseau plus léger* como dice Mignon », en su triste y malograda *giovinezza!* Tierra de azahares, como dirá algún día Castelar, si Dios le da vida y salud; Bendito sea tu suelo y tus hijos y toda tu parentela!!!

¡Ah, Zuloaga! Pensar que estamos en Italia; que desde el jaleo aquel que han maniobrado en nuestra pobre maleta, este frío que sentimos es ya del país del sol, que esos montes llenos de nieve, que la noche nos oculta, deben estar cuajados de parleros pajaritos, y que deben ser naranjos y limoneros esos árboles, con semblante de frutales, que entrevemos en los más altos picachos!

¿Qué idea tienes formada de Italia, Zuloaga? — Pues yo me imagino un cuadro de Roberto Fleury, bien barnizado, de esos que tanto gustan en España. Me imagino los montes de una blancura de Carrara y llenos de marmolistas haciendo estatuas con molde, y mandando los sobrantes para mesas de café; me imagino las calles llenas de góndolas, fini-

tas como papel de colores, andando sueltas al son del acordeón y de la casta mandolina; el pueblo comiendo el macarrón continuo, y las mujeres reclinadas á lo largo de las calles, cantando el *Vorrei Morire* y la *Stella Confidente*. — ¿Y tú? — Yo, á decirte la verdad, no estoy bien resuelto todavía; pero sí te diré que imaginé la Italia como una inmensa pradera pantanosa, donde pacían los búfalos taciturnos, haciendo siempre la siesta á la sombra de los largos acueductos; una tierra que bastaba rascarla un poco con las uñas para encontrar, á flor de suelo, un busto de emperador, una estatua de Minerva ó una Venus sin narices; creí siempre que las montañas no existían, á pesar de lo que me contaba el mapa; que todo el mundo padecía la *malaria*; que los hombres tenían voz de tenor y ejercían de anticuarios casi todos, y que recibían de sus queridas esposas una paliza al levantarse y otra al caer de la tarde, y que, en cuanto al arte moderno, vivían en el limbo, sin saberlo, como vivimos nosotros los felices españoles. — Esto último será tal vez lo que habremos adivinado (contestóme Zuloaga): — pero dejémonos de profecías y veamos lo que se pueda de esa Italia que pasa detrás de las ventanillas.

La Italia que pasaba era una Italia subterránea. Mirábamosla, conmovidos de antemano, á la indecisa claridad de la mañana, y... ¡zás! un túnel indecoroso nos salía á nuestro encuentro; volvíamos á mirarla, más conmovidos aún, y otro túnel nos saltaba á las narices, y los túneles se sucedían tenaces con indigna impertinencia de un suelo que goza fama de ser altamente hospitalario. Aunque empe-

zaba á clarear, nos quedábamos á obscuras.

En esas intermitencias veíamos, sí, algún naranjo y algún limonero auténtico, comprendíamos que no estábamos en la isla, por la falta de orillas, de campanarios y de niebla ; pero era aquello muy alpino, y nos escamaba un tanto, hasta que, saliendo el mar de entre bastidores, azul y hermoso como en sus mejores tiempos, inundó nuestro espíritu de calma, robándonos un grito del corazón.

¡ Oh mar ! ; dijimos (desde que entramos en Italia todo eran exclamaciones de la clase de elocuentes). ¡ Oh mar latino ! « Honor y Gloria. » ¡ Oh mar que bañas lo que puedes de nuestra costa de España ! ; Oh mar de Roger de Lauria, de Roger de Flor y de otros Rogeres y de las barras catalanas ! Tú nos haces creer en una Italia colorida, en esa Italia de inglesa histérica y enfermiza, en esa tierra puesta en música tristísima por poetas que no son decadentes ni siquiera simbolistas. Por fin creemos en tí, y te mandamos el ramo de nuestra mesa y un telegrama poético. Perdónanos, querido azul, si hoy estamos alegres ; otro día más triste para nosotros, que esperamos con confianza, vendremos á llorar á tus orillas, hoy... ¡ Génova, diez de parada !

Génova era, en efecto, y en Génova nos detuvimos doce horas del meridiano de Italia. Lo que allí vimos de la famosa ciudad, fué lo que puede ver un forastero en doce horas de cualquier meridiano ; muchas calles, muchos vapores y mucho trastorno extranjero. Parecíanos la ciudad una monumental Barceloneta ; buques que entraban, otros pitando en demanda de salida, marineros tomando el sol, gran enredo de negocio con su carga y viceversa, y

mirándose en el agua, palacios de una altura colosal, escalonados en una abrupta pendiente, y por doquiera bodegones subterráneos, carabineros husmeando el contrabando, gritos aquí y vendedores allá, y á la estación otra vez, y otra vez el mar con orillas y túneles y paisaje italiano hasta dar con la antiquísima Pisa.

Aquí nos detuvimos más tiempo. Salimos de la estación, y hospedados y *dormidos*, pudimos ver al día siguiente que Pisa, célebre por su cementerio, parece aún más cementerio que el mismo que le da tanto renombre. Exceptuando la plaza de Garibaldi, donde se ven algunos grupos, no tan nutridos que den sospecha á ningún policía, imposible imaginar una ciudad más difunta, más triste, más grandiosamente solitaria. Las plazas anchurosas y rodeadas de severos edificios con las ventanas cerradas ; la calles anchas y empedradas con baldosas, sin un ruido que las turbe ni ánima viviente muchas veces que distraiga aquellas líneas desiertas ; los paseos, llenos de hierba de ruína, dan la angustia de sentirse uno solo en un país habitado ; la voz toma sonoridades de eco, y se habla alto por las calles como en la misma Pompeya. El río mismo, el Arno, parece un río soñado. Ancho y solemne, vago de vacía majestad, sin un solo barquichuelo que lo cruce, diríase que sus aguas están muertas que son aguas sin relieve, que el aire no las riza y que no tienen lecho ni fondo. Una piedra, lanzada en su superficie, forma una serie de círculos que van creciendo hasta sus últimas orillas, sin que las ondas suaves sean turbadas por el más pequeño estorbo ; los peces ¡ ay ! pueden dormir en su seno con tranquilidad

profunda, y sin angustias ni temores dedicarse á los quehaceres domésticos ; las casas se dibujan en su espejo con tal exactitud y parecido, que tendrían que pagar la misma contribución las reflejadas que su imagen, si hubiera justicia artística, y es tal la paz que reina en este río de Pisa y en su villa que uno duda si fué antes cementerio que ciudad ó ciudad antes que cementerio.

A esta tristeza innata, á esta soledad vaga y durmiente, añadid, para colmo de nostalgia, el abuso que hacen de ella esa manada de ingleses que viajan de turistas. Triste de la tristeza gris del norte, se les ve siguiendo las calles acompañados de su sempiterno guía, paseando el spleen por las ruínas, siempre serios, como viajando por fuerza, severos siempre, gozando de la belleza como por obligación, y apuntando los datos y fechas de entradas y salidas, de goces y sensaciones en sus libritos de memorias, para rumiar lo visto bajo su cielo de plomo. Niñas flacas como retablos gastados, figuras secas de institutrices caducas, familias enteras, bohemios de la bohemia del orden, andan por esas desiertas calles, escuchando la palabra amanerada del clásico cicerone, y su presencia glacial causa un malestar indecible, un deseo de hallarse solo delante de los pobres monumentos, sin estorbo de esas aves taciturnas delante del cielo azul.

Delante de esa soledad de muerte, recordamos la vivida soledad de nuestra isla, de aquel rinconcito entre nieblas que dejamos en el Sena, y pensamos que el mismísimo silencio está lleno de matices, y ojeando la ciudad ligeramente, á pesar de los ingleses, nos fuimos á visitar los monumentos de Pisa.

Los mejores los hallamos reunidos en una plaza extensísima, solemne y llena de hierba, como un prado arqueológico. A un lado el Batisterio, monumento redondo, de mármol blanco todo él, pero de un mármol pintado por el tiempo con esos tonos oxidados de musgoso amarillento, que las argollas de bronce marcan en las propias tumbas, rodeado de columnitas románicas superpuestas y cobijando el gran púlpito, obra de arte del célebre Nicolás de Pisa ; al frente el Duomo, gran catedral blanca también del mismo blanco de oro, con más columnas y mosaicos, con sus simbólicas puertas de complicada labor, con su gran ábside de corínticas columnas ; la torre inclinada á un lado, cuya inclinación, admirada por los ingleses, es capricho que no perdonan los ojos, subiéndose hacia el cielo como un cono de pórticos amontonados, y aguantándose por milagroso equilibrio ; y, por fin, en el fondo la puerta del Campo Santo, abriéndose bajo un gótico y delicado tabernáculo, en medio de un muro larguísimo y desolado.

Sólo para ver el cementerio de Pisa vale la pena de venir á esta Italia desde los antípodas del mundo, ya que en el mundo es un monumento único el Campo Santo de Pisa. Los muertos aquí enterrados, si es que sienten, pueden dormir otro sueño más artístico que los que duermen en míseros cementerios, donde está también muerta toda belleza ; pueden salir sus almas á contemplar con deleite su vivienda y esperar el juicio en más tranquilo silencio. ¡ Qué paz, Dios mío, en aquel último claustro ! ¡ Qué postrero bienestar ! ¡ Qué lecho para quedarse dormido del sueño definitivo !

¡ Pobre de mí, admirador! ¿ Qué diré que dé una ligera idea de lo que allí tanto se goza, que traslade la mente del que leyese á aquel sagrario del arte, tabernáculo y exvoto, ofrenda augusta y corona ofrecida á los muertos, como casa de reposo? Diré que es grande, que forma un claustro de góticos y delicados encajes, que cuatro cipreses se levantan como cuatro centinelas de la muerte, que el suelo, de verde alfombra, está tapizado de lirios, que las tumbas son obras de portentoso museo, que el aire que allí se respira es como un hálito de arte y que vive allí la poesía. Esto diré y bien poca cosa habré dicho. Hay que verlo con los propios ojos, y con el propio corazón sentirlo; hay que llegar cual peregrino devoto y hay que pedir al espíritu sensaciones recibidas allí mismo.

« Tú que pasas (dice una lápida á la entrada) mira y observa, ¡ desgraciado! lo que eres. Esta casa á todos por un igual nos encierra. Mortal, cualquiera que seas, detente, lee y medita que yo soy lo que tú serás y lo que eres he sido. Ruega y entra. » Entra, sí, parece que nos dice la leyenda; entra y admira y goza, corazón humano, que bien pocas veces puedes gozar en la tierra! Contempla esas pinturas, ¡ oh, mísero pintor! y arrodíllate y deléitate en tu contemplación muda, y conmovido en el alma vé siguiendo esos muros gloriosos.

Primero Memmi los ocupa. Mira esas vírgenes vestidas de colores misteriosos, como flores de otro mundo y de armonías de tonos; mira sus ojos cómo apartan la mirada de la tierra y cómo sus manos se estiran, atraídas por el cielo que las llama; contempla esas figuras que son algo más que hombres, esas

nubes, esas montañas, ese paisaje entrevisto, esa vaguedad de sueño; ve bajar esos ángeles y contempla cómo vuelan, cómo les hizo volar las alas de fantasía del artista, y contempla los colores de esas alas que tienen de luz y de pluma, de oro y de aire, de tornasoles de seda y cambiantes de arco-iris.

Aquí sigue Gozzoli, veinticuatro frescos inmensos, que le costaron diez y seis años de una labor continuada, diez y seis años viviendo en el cementerio, trabajando entre el reposo, labrando su obra en el claustro y enmarcándole con el soberbio edificio. « La borrachera de Noé », espléndida escena del campo, vendimia de los primeros racimos y de gloria para el artista. « La maldición de Caín », formando contraste con un paisaje liso y sereno, arrancado de la Arcadia, « el Arca y el Diluvio », llevando la realidad al simbolismo; « La torre de Babel », con los personajes vivientes en la época del artista, los médicos y su escolta plantados allí con un carácter de línea que suprime los detalles y anda á lo característico. « La adoración de los Magos », la capilla de los Santos Abraham y Agar, el paso del mar Rojo, las tablas de la Ley, las bodas de Rebeca y otros y otros asuntos, pintados con el amor más ferviente, con convicción serenísima, con sobriedad de colores y esfuerzo de sentimiento y amortiguados de tonos por ese aroma del tiempo, tan amigo muchas veces del artista, que le añade á la frialdad de sus obras un velo más de hermosura, un sudario de velada morbidez, que es como beso dulcísimo.

Al lado de Veneciano, D'Arvieto y de Aratino, ahí está el Dante de la pintura, el visionario de la

muerte, el tétrico Orcagna con sus macabros terrores. Ahí está su « Juicio » Dios en lo alto, dos ángeles tocando entre un cenáculo de Apóstoles y santos, y en el suelo, de entre un montón de cadáveres, almas brotando, llevadas contentas por los ángeles ó arrastradas al Infierno. En esa postrera duda, Salomón está indeciso, no sabiendo á donde será llamado; un ángel llora por una alma que creyó y que ha perdido en la pelea; otros velan estáticos hacia arriba y otros gimen al verse precipitados hacia el fondo del abismo. En el cielo, sinfonías en claros, azules verdes de primavera, amarillos de oro y violetas; en el Infierno, nocturnos de colores fúnebres y tonos negros y rojizos; allí nubes rosadas, vírgenes y beáticos varones; aquí tinieblas y tormentos; á los avaros echándoles oro fundido en la boca y poniéndoles riquezas ante sus codiciosos ojos; los furiosos atados por medio de serpientes á sus terribles enemigos; los golosos sufriendo el suplicio de Tántalo; los adivinos con dos culebras que les cierran los entumecidos ojos, queriendo representar que los que quieren leer el porvenir no ven siquiera el presente; el Antecristo y Mahoma hechos pedazos, y Satanás en el centro, inmenso de tamaño y de concepción terrible, lleno el vientre de condenados quemándose y sufriendo él mismo su castigo, siendo atormentador y atormentado al mismo tiempo. Ahí están otros frescos borrosos, sobra de bustos, sarcófagos y piedras sepulcrales, bizantinas y romanas, y ahí está otra vez Orgagna con « Su triunfo de la Muerte », de su muerte simbolista y alegórica, de su muerte filosófica y terrible. Vestida de negro, seca, con su guadaña, parece ser la propia sombra del cementerio de

Pisa, el fantasma de la noche, la dueña y señora de aquel recinto sagrado, volando por los muros y guardando sus conquistas. A un lado, un grupo de nobles caballeros á caballo, con damas y halconeros, encuéntranla en tres féretros abiertos conteniendo sus cadáveres, hinchado el uno, otro corrupto y el tercero ya esqueleto; espéranla tranquilos los ermitaños en un monte solitario; llámala en vano un grupo de desgraciados, ciegos, leprosos y tullidos, en tanto que ella se deja caer sobre un grupo de venturosos señores que, bajo un bosque de naranjos, escuchan los acordes de la cítara y gozan de los placeres del mundo.

Mundo es aquel de fantasmas vistos con realismo de sueño, con visiones robadas del natural, con misticismo terrestre. Mundo que inspira, con el sol que va dorando las lápidas, ideas de grata melancolía, que hace meditar al hombre y hace soñar al poeta. Un día, en que el viento hacía chocar troncos de los cipreses como ruido de huesos, en que la lluvia silbaba y el aire helado se entraba por las tumbas y sarcófagos y nos azotaba el rostro, nos hizo ver que la Italia, aquella Italia entrevista, no es á veces tan risueña como habíamos pensado; no era la Italia de cromo que vemos reproducida, sino una Italia severa, grande y callada, donde las ruínas hablan el lenguaje del recuerdo.